

COME EN CASA BORGES. ¿QUÉ COME EN CASA BORGES?

Borges eats at home. What does Borges eat at home?

ANABEL GUTIÉRREZ LEÓN
(Universidad de Zaragoza, España)

RESUMEN

El presente trabajo indaga en *Borges*, diario de Adolfo Bioy Casares, donde registra las conversaciones y anécdotas que tras las prácticamente diarias cenas tenía el autor con Jorge Luis Borges. Este artículo se concentra en un tema tan particular como la comida y los aspectos anexos a este ritual social. Se analiza cómo, para estos autores, la alimentación guarda mayor relevancia en su dimensión estetizadora y reguladora de las relaciones sociales que establece una clase social con el mundo, antes que como medio de alimentación y subsistencia.

Palabras clave: Diario íntimo – comida – estetizar – Jorge Luis Borges – Adolfo Bioy Casares.

ABSTRACT

The following essay deals with food and other aspects of social ritual in *Borges*, the diary of Adolfo Bioy Casares, which focuses on the conversations and anecdotes that the author had after almost daily dinners with Jorge Luis Borges. It analyses how, according to these authors, food becomes more relevant in an aesthetic dimension and as a basis for social relationships of a particular social class with the world, than as a mere means of nutrition and sustenance.

Keywords: personal diary – food – Jorge Luis Borges – Adolfo Bioy Casares.

A primera vista puede resultar algo llamativo en un contexto culinario, convocar las figuras de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares; pero al contrario, no hay nada más pertinente: un alimento, la leche cuajada, está en el origen de esta fructífera relación literaria.

El tándem Borges-Bioy sugiere una vasta obra conjunta, sin duda bastante más literaria que gastronómica. Pero mucho antes del humor porteño de Honorio Bustos Domecq o de su sarcástico discípulo Benito Suárez Lynch, antes de sospechar las futuras antologías que compilarían juntos más adelante, antes de los artículos, ensayos o traducciones escritas a cuatro manos; antes de todo, en el principio, estuvo la comida. El primer texto que Borges y Bioy escribieron en colaboración habla de los beneficios de un producto lácteo¹. Cuenta Bioy que allá por “1935 o 36 fuimos a pasar una semana a una estancia en Pardo, con el propósito de escribir en colaboración un folleto comercial [...] sobre los méritos de un alimento más o menos búlgaro”². Se trata de la *Leche Cuajada* de *La Martona*, empresa de la familia de Bioy.

Este texto científico-gastronómico escrito en colaboración, data de los primeros años³ de una de las amistades literarias más famosas dentro de las letras hispanoamericanas; amistad de la que, además, existe una minuciosa relación a lo largo de más de cuarenta años, según se lee en los diarios que Bioy Casares comenzó a escribir el año 1947.

En 2006 se publicó *Borges*, de más de 1600 páginas que, según cuenta Daniel Martino - albacea de Bioy y editor del texto-, el autor leyó y corrigió antes de su muerte. *Borges* es un volumen que recoge fragmentos del diario íntimo de Bioy, en los que este refiere las largas conversaciones mantenidas entre los dos amigos y hace un minucioso seguimiento de esta amistad, acaso siguiendo la estela de su admirado James Boswell en la *Vida del*

¹ El folleto de 17 páginas, inencontrable durante mucho tiempo, fue recopilado por Sara Luisa del Carril en *Museo: textos inéditos*, Emecé, Buenos Aires, 2002.

² BIOY CASARES, A., *Borges*, Destino, Barcelona, 2006, p. 28.

³ Borges y Bioy se habían conocido unos años antes, a principios de 1932 en casa de Victoria Ocampo.

*doctor Samuel Johnson*⁴ –según refiere el mismo Martino en su prefacio a *Borges*–, libro que durante los dos años previos al inicio de su propio diario, Bioy había preparado, prologado y anotado para una colección que finalmente no salió a la luz; pero que probablemente animó a Bioy a registrar todos los encuentros, sucesos y conversaciones mantenidas con su amigo.

Pero bueno, para volver a conectar con el mundo gastronómico (el de la digestión, en este caso) señalar que las prolongadas conversaciones que dieron lugar a este extenso volumen (el *Borges* de Bioy), en su gran mayoría tuvieron lugar durante las sobremesas, tras la cena en casa de Bioy.

De hecho, “come en casa Borges” es la ya mítica frase como se inician gran parte de las entradas del diario. Y según el registro llevado por el autor, Borges come en casa de los Bioy, 1.737 veces. Tras consignar el hecho, Bioy se extiende en la relación de las opiniones de cada uno (especialmente en las de Borges) sobre los más diversos temas, libros o proyectos literarios que tuvieran en ese momento.

Sin embargo, si bien conocemos la frecuencia con que comía en casa Borges, no sabemos qué comía Borges en casa de Bioy. Ni siquiera si alguna vez el postre fue un tardío homenaje a esa cuajada fundacional.

A pesar, pues, de la insistencia en registrar que comieron juntos, Bioy no ofrece nunca información particular sobre el menú, salvo cuando escuetamente menciona que para Navidad o fin de año, brindan con *champagne*, ocasiones en las que alguna vez, incluso añade que han comido tarta de navidad o “un turrón compartido”⁵.

Será posible, como temía Barthes, que “hablar públicamente de lo que se come [ha sido] confinado casi a tabú sexual”⁶ y que Bioy, diarista prolífico, honesto y mordaz, guarde con discreción la privacidad de sus comidas. O acaso, como afirma Edwin Williamson -biógrafo de Borges-, se deba, simplemente, a que “los Bioy no se distinguían

⁴ En una entrada de *Borges* de 1960, consigna Bioy que, hablando del libro de Boswell, el propio Borges se pregunta: ¿Sabría Johnson que Boswell estaba escribiendo la *Vida*? ¿En el libro se dice? [...]. Habría que investigar eso... yo creo que sí. Explicaría la inactividad de Johnson en los últimos años: no sólo por pereza no escribiría, sino por la seguridad de que nada de lo que decía iba a perderse. ¿Tendría curiosidad de ver lo que Boswell estaba haciendo, de ver cómo lo mostraba en el libro? Tal vez no. En todo caso no creo que Johnson haya corregido nada: darse el trabajo de corregir ese libro no se parece a Johnson (por haraganería, por generosidad de alma, por indiferencia)” (p. 646). Inmediatamente después se pregunta Bioy si acaso “él sospecharía la existencia de este libro; si tendría curiosidad de leerlo; si lo corregiría” (Ídem). Existen muchas posibilidades abiertas, aunque este no sea el lugar para aventurar ninguna respuesta.

⁵ BIOY CASARES, A., *op. cit.* p. 258.

⁶ BARTHES, R., *Cómo vivir juntos: notas de cursos y seminarios en el Collège de France, 1976-1977*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 163.

por el esplendor de su mesa: solían servir algún plato improvisado por Silvina de lo que pudiera haber encontrado en el frigorífico esa noche”⁷. Muy probablemente en sus veladas y comidas importara más la calidad de los comensales que el sazón de los alimentos servidos a la mesa.

De todas maneras, y aún cuando Bioy considerase la alimentación como un “secreto privado”⁸, tanto en cuanto secreto, como en cuanto privado, un diario íntimo sería justamente el escenario privilegiado para su aparición. Pero no es el caso, a Bioy no parece interesarle en exceso dejar registro de este aspecto de su cotidianidad, le interesan más los márgenes, los necesarios anexos de este ritual.

El sociólogo Pierre Bourdieu afirma que la relación que se establece con los alimentos, además de ser la expresión de una “necesidad y placer primario por excelencia”, es sobre todo, “una dimensión del tipo de relación burguesa con el mundo social”⁹, dimensión además, entre cuyas atribuciones figura la de estetizar el vínculo de los grupos sociales con su contexto. Al parecer, Bioy era incapaz de renunciar a esta prerrogativa estetizadora como queda reflejado en una entrada de 1955, cuando cuenta: “Comen en casa Borges, Bianco, Emita, Bianco, que llegó muy tarde, entra abrochándose la bragueta, de abajo arriba: nos da la mano y vamos a comer (me levanto para lavarme las manos)”¹⁰. El aseo en torno a la comida, es sin duda una de sus mayores preocupaciones. Años más tarde, Borges (en compañía de su madre, naturalmente) se iba por primera vez a los Estados Unidos, a dar un curso en la Universidad de Texas. Todos los amigos estaban expectantes. Para despedirlo -cuenta Bioy- “Peyrou, Luis, Silvina y yo vamos a Ezeiza en mi coche. Allá esperamos hasta las dos y media la salida del avión. En el *inmundo* bar del aeropuerto, al que no entran Silvina ni doña Leonor, tomamos leche (Borges), agua Villavicencio y después té tibio (yo), cerveza (Peyrou), nada (Luis)”¹¹. En otra ocasión, al referirse a una comida en honor de Francisco Luis Bernández comenta que “El restaurant elegido es pésimo, *sucio*, pero pintoresco. Borges, por amabilidad hacia mí, finge que él también prefiere los lugares un poco limpios y blancos [...] pero mantiene su superstición favorable al *bistrot* pintoresco.

⁷ WILLIAMSON, E., “Borges y Bioy: una amistad entre biombos”, en: *Letras Libres*, año VII, Número 81, junio, 2008, pp. 30-36, p. 32.

⁸ BARTHES, R., *ídem*.

⁹ BOURDIEU, P., *La distinción : criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1991, p. 195.

¹⁰ BIOY CASARES, A., *op. cit.* p. 129.

¹¹ IBÍDEM, p. 752. (La cursiva es mía)

Un *bistrot* en Buenos Aires es una fonda *inmunda*¹².

Si atendemos a los adjetivos, situados en un claro extremo dentro de la escala de contrastes, comprobamos que, para Bioy, las características del escenario de la comida son más relevantes que la comida misma: vale más que esté limpia que sabrosa, confirmando esa estetización de las prácticas alimentarias, como característica de la burguesía de la que Bioy es fiel representante.

En otras ocasiones ya ni le hacen falta adjetivos para expresar el desagrado que le causan los descuidos de la higiene a la hora de la comida. No se salva ni su tan admirado *Georgie*, sobre quien no se resiste a registrar algunas pintorescas situaciones, como cuando anota en su diario que “Borges come queso *gruyère*, que toca con las manos, que en seguida guarda en los bolsillos”¹³, o, mejor aún, cuando escribe: “Borges se quita la dentadura, la pone bajo el chorro de agua, la inserta de nuevo, se seca las manos y considera que se lavó para ir a la mesa”¹⁴. Las anécdotas son suficientemente elocuentes y el hecho de haber tomado nota de ellas, acredita la relevancia que para él poseen los modales en torno a la mesa, a la hora de la comida.

Al registrar en su diario estas pequeñas transgresiones, Bioy da testimonio de la transcendencia que en su vida reviste el hecho de 'comer guardando las formas' y, en relación con Borges, el valor simbólico que los modales tienen para la sociedad, queda reforzado con unas declaraciones que, hace solo un año, realizaba María Kodama sobre este mismo aspecto. No era la primera vez que la viuda de Borges protestaba por la imagen de su marido que ofrece la lectura del diario de Bioy. Cinco años después de la publicación de este libro, parece que una de las cuestiones que le siguen preocupando son aquellas relacionadas con las formas que se guardan (o no) a la hora de la comida. En unas declaraciones realizadas al periódico *El País*, Kodama, poco después de afirmar, taxativa, "No me gusta comer"¹⁵, se quejaba recordando que “Borges era ciego y Bioy cuenta que comía con las manos [...]. Yo he comido con Borges en todas partes -desde

¹² IBÍDEM., p. 706. (La cursiva es mía)

¹³ IBÍDEM., p. 307.

¹⁴ IBÍDEM., p. 713.

¹⁵ RODRÍGUEZ MARCOS, J., "Entrevista: DESAYUNO CON... MARÍA KODAMA. Algunos no me perdonan que yo quisiera a Borges", en *El País*, viernes, 21 de enero de 2011, Madrid. Esta afirmación aparece reforzada con una declaración de Jovita Iglesias, criada de los Bioy durante muchos años, cuenta que “muchas veces vino Borges a Posadas con María Kodama. Ella comía muy poco. Yo creía que eso se debía a que era muy tímida. «Kodama debe comer de otra manera en su casa», le dije un día a la señora Silvina, «porque así no puede vivir». Ella me dijo que le preguntaría a la madre de María, porque cada tanto hablaban. Pero confirmó que era así; incluso en su casa comía como un pajarito”.(IGLESIAS, J. y ARIAS, M. R., *Los Bioy*, Tusquets, Barcelona, 2003. p. 80).

comedores universitarios hasta con el marido de Isabel II cuando le dieron el doctorado en Cambridge-. Nunca nadie lo vio comer con las manos"¹⁶.

Pues bien, lo que estaría en la base de ese mecanismo que estetiza el ritual de la comida, es la diferenciación que se marca entre una supuesta naturalidad en la manera de comer de las clases populares, frente a la burguesía que guarda un ritual con más pautas estipuladas, las cuales, citando otra vez a Bourdieu, tienen que ver con los "ritmos que implican esperas, retrasos, contenciones [...]. Se come dentro de un orden"¹⁷ y, naturalmente, cuando se trastoca ese orden, esos ritmos, todo el conjunto, acaba fracasado. Bioy no es ajeno al virtual desastre que el incumplimiento de estas pautas puede llegar a tener en una reunión social. Le ocurrió en la casa del director de la editorial Losange, Fernando Leónidas Sabsay, donde, desde el principio, las cosas no funcionaron como deberían: "A las once empezamos a comer: canelones de espinaca, con su salsa de hongos y de langostinos; sopa *en croûte*; pollos, de color coral, con una salsa en la que los hongos nadaban en aceite; crema de chocolate, con nueces; en copas altas, de escasa capacidad, agua tibia y vinos blanco y tinto. Servía una mucama abúlica, macilenta y sucia. Battlle Planas peroraba: "Yo soy muy *intelectual*. *Epero que lo muchacho caten el conceto y entonce* todo quede aclarado"¹⁸.

Como se comprueba en la cita precedente, el menú no puede ser bueno cuando se desatienden otros factores de su entorno: la comida empieza con retraso, los alimentos se sirven en recipientes inapropiados, las combinaciones no son armónicas. Ni el aspecto físico de la mucama es el correcto. La imagen global es bastante negativa, el desaliño y escaso aseo contaminan la reunión en conjunto. Dentro de un panorama semejante, tampoco extraña que la pronunciación de uno de los comensales se salga de la norma (lingüística, en este caso); solo es otro testimonio más que hace evidente que Bioy se siente en un ambiente hostil, en un escenario social que no reconoce como propio. A Borges le ocurre algo parecido en día de año nuevo de 1958. Tras recibir el año en casa de su amiga Elvira de Alvear se fue a dar un paseo "por la calle Córdoba. Parecía que se hubiera llenado de conventillos. En cafés inmundos había gente muy pobre: todos comían pan dulce y bebían sidra.»"¹⁹. Conventillos, gente pobre, sidra (frente al *champagne* con que ellos habían brindado el día anterior).

¹⁶ IBÍDEM.

¹⁷ BOURDIEU, P., *op. cit.*, p. 206.

¹⁸ BIOY CASARES, A., *op. cit.* p. 330.

¹⁹ BIOY CASARES, A., *op. cit.* p. 411.

Si sobre la comida servida en casa de los Bioy se sabe poco, sobre la bebida contamos con algo más de información, aunque esta sea algo decepcionante, al menos si nos guiamos por el tópico del escritor bohemio y medio alcohólico. Williamson afirma que los ilustres comensales de las cenas en casa de los Bioy, acompañaban su comida “de agua, ya que los anfitriones no bebían alcohol”²⁰. Esta información puede ser contrastada en diferentes ocasiones, tanto por el autor del diario, como por el protagonista de esta selección. Así pues, salvo el *champagne* con que brindaban para las fiestas, repudian cualquier bebida alcohólica, como certifica esta conversación de 1958: “BORGES: «Qué raro que guste tanto el vino». BIOY: «Qué raro que prefieran ese gusto a remedio, al del agua fresca, que es tan rico». BORGES: «Más raro es que les guste el *wiskie*»”²¹.

Pero, por muy sobria que sea esta preferencia, no deja de presentar sus exquisiteces, y aunque el agua se caracterice por carecer de sabor, al parecer para Bioy Casares, hay aguas y aguas. Registra Bioy un adverso juicio que Borges emite sobre la escritora uruguaya Susana Soca²², de quien afirma que si bien es muy observadora, sus observaciones son siempre falsas. Como prueba de ello Borges esgrime el siguiente argumento: en un restaurante, Susana Soca había dicho: “Yo sé que Borges toma nada más que agua mineral”. «Yo aborrezco el agua mineral: me gusta el agua corriente»²³ es la terminante conclusión que Borges ofrece a su amigo para demostrar cuán falsa es la observación la uruguaya.

Ninguno de los dos, como vemos, es el equivalente líquido a un *gourmet* en cuanto a las bebidas alcohólicas. Y, aunque no de la misma manera que con la comida, cuestiones estéticas también incardinan la relación de Borges y Bioy con la bebida. Relata Bioy en su diario, que una noche, como tantas otras, tras la cena, leían poemas, entre ellos “The Ballad of Reading Gaol” de Oscar Wilde. “Leo” -escribe Bioy- y copia: “*He did not wear his scarlet coat, /For blood and wine are red...*”. El diarista apunta que tras su lectura, Borges “comenta: *Wine* no sería *vino*, sería *cerveza*, pero está bien que haya puesto *vino*”²⁴. Las razones poéticas justifican, para Borges, la decisión de Wilde de optar por una bebida, acaso menos verosímil para un reo de muerte. La forma,

²⁰ WILLIAMSON, E., *op. cit.* p. 32.

²¹ BIOY CASARES, A., *op. cit.* p. 463.

²² A quien por cierto, reconoce no tener mucho aprecio ‘cuando los otros días dijo: “Ay, Borges, ¿no quiere *ensaladas*?”, sentí un odio desmedido hacia ella, desproporcionado al motivo de usar la palabra *ensalada* en plural, un odio que me probó que desde hacía mucho la odiaba (BIOY CASARES, A., *op. cit.* p. 363). Ni de *ensaladas* ni de *agua* habla el soneto (“Susana Soca”) que le dedicó a Borges tras su muerte.

²³ BIOY CASARES, A., *op. cit.* p. 363.

²⁴ IBÍDEM, p. 661.

naturalmente, prima sobre el contenido.

Ahora bien, habíamos señalado que Bioy no era un especialista en cuanto a las bebidas alcohólicas; pero también es cierto que en relación a los líquidos mantiene un refinado gusto, acorde sobre todo, con su clase social. Una tarde de verano de 1960, en casa de su cuñada Victoria Ocampo (sobre quien ofrece frecuentes muestras de no tenerla en excesiva estima), recuerda que toman “té nacional con gusto a remedio, comemos pan con gusto a DDT”²⁵ y tras admitir la altura intelectual de la reunión, no puede evitar abrir un paréntesis para registrar que “(A propósito del té: las dueñas de casa, carcomidas, como todo el mundo, por la avaricia, fingen ignorancia de un hecho reciente, que viene ocurriendo de apenas dos años a esta parte: en los almacenes de Buenos Aires ahora hay té importado, para quien lo paga.)²⁶”. No hacen falta mayores comentarios.

Si bien no por el diario de Bioy, es a partir de otro tipo de textos que conocemos algunas de las preferencias gastronómicas de nuestros protagonistas. En varias ocasiones refiere Bioy que Borges tiene predilección por comer en El Malambo (que, por cierto, a él le parece sucio y excesivamente folclórico); mientras que, según cuenta Jovita Iglesias, el restaurante favorito de Bioy Casares era el elegante La Lola. Respecto de los propios alimentos, la misma Jovita cuenta el menú habitual que se servía en casa de los Bioy: “El arroz gratinado con puré de arvejas en el centro y bananas era siempre el primer plato del almuerzo, y le seguía el pollo con las verduras [...]. Y no podían faltar el sorbete o la gelatina de frambuesas, que al señor le gustaba bien escarchada, con «espejitos». [...] para la hora de «la comida», entonces, se repetían las verduras pero les preparaba bifés a la plancha. A él le gustaba «bien, bien gordo y bien negro» , como me decía siempre. Chamuscado”²⁷.

Por su parte, Borges no era demasiado exigente con la comida. María Kodama declaró al diario peruano *La República* que el plato favorito de su marido era el “arroz con manteca y queso”. Sobre sus gustos culinarios, tal vez demasiado sencillos, tenemos otra interesante declaración. Cuando el escritor español Manuel Vicent le preguntó a Bioy que qué le ocurría a Borges con las mujeres, éste replicó concluyente: “¿Qué mujer podría enamorarse de un hombre que pedía merluza hervida en un restaurante vulgar de la calle

²⁵ BIOY CASARES, A., *op. cit.* p. 678.

²⁶ IBÍDEM.

²⁷ IGLESIAS, J. y ARIAS, M. R., *op. cit.* p. 108.

Maipú y hacía bolitas con la miga de pan”²⁸. Como si entre la dieta y el éxito con las mujeres, la interrelación fuera irrefutable.

En cuanto a la comida dentro de la literatura, otro de los convidados habituales para cenar en casa (de los Bioy), era, al menos durante algunos años, el escritor Juan Rodolfo Wilcock. Una noche, durante la sobremesa, sacó a colación el tema de la comida y la bebida en la literatura. Él “opina que es tan molesto que le digan a uno lo que los personajes están comiendo como que le digan que están haciendo el amor”²⁹, escribe Bioy. Borges en cambio “opina que las comidas y bebidas sirven para caracterizar a los personajes. A Dickens, sin duda, le gustaba la cerveza y la carne y los pasteles, y sus personajes continuamente beben cerveza y se dan comilonas de carne y de pasteles. A Borges le parece agradable”³⁰, a pesar de lo cual ni las obras de Borges ni las de Bioy son pródigas en escenas gastronómicas, como al parecer tampoco lo son las de sus compatriotas, como se lamentaba Rita De Maeseneer a la vez que intentaba postular una respuesta preguntándose si esto se debía a que los rioplatenses consideran el “¿tema demasiado trivial, falta de una gran cocina argentina o hay más?”³¹.

No pretendemos resolver esta cuestión y menos aún vamos a descubrir ningún pantagruélico banquete argentino, para concluir simplemente quiero evocar una de las pequeñas exquisiteces porteñas a través de un casi insignificante episodio de “El Aleph” de Borges. Recordemos brevemente algunos aspectos de la trama: Beatriz Viterbo muere en febrero de 1929. El 30 de abril de ese mismo año, el Borges -personaje y narrador del relato-, decide acudir a la que era su casa para recordar el cumpleaños de la muerta, junto con su familia. El cuarto año de esta aparentemente trivial tradición, una torrencial lluvia favorece al protagonista del cuento, que gracias al agua que cae fuera, es invitado a cenar con la familia de su ya imposible amada. “No desperdicié, como es natural, ese buen precedente” -afirma el narrador- “en 1934, aparecí, ya dadas las ocho, con un alfajor santafecino; con toda naturalidad me quedé a comer”³². Así pues, es con un alfajor con lo que este Borges ficticio inaugura una nueva tradición: cenar con la familia de Beatriz. Es tras la cena, durante una sobremesa con Carlos Argentino Danieri -primo hermano de Beatriz Viterbo- cuando este le da a conocer sus desmedidas aficiones literarias. Esta

²⁸ VICENT, M., “Un seductor ante el espejo”, en *El País*, domingo, 12 de agosto, Madrid, 2007.

²⁹ BIOY CASARES, A., *op. cit.* p. 244.

³⁰ IBÍDEM. p. 245.

³¹ DE MAESENEER, R. y COLLARD, P., *Saberes y sabores en México y el Caribe*, Rodopi, Amsterdam, 2010, p. 17.

³² BORGES, J. L., *Prosa*, Barcelona, Círculo de lectores, 1985, p. 192.

confidencia propicia otra mayor: la del supuesto aleph, escondido en el sótano de la casa de la calle Garay. No llegaremos hasta ahí. Solo deseo llamar la atención sobre ese tal vez inofensivo (o no) alfajor santafecino³³, porque, si la leche cuajada puede concebirse como “alimento de Matusalén” y como “el elixir de la larga vida, de los cuentos y de algunas débiles fallas de nuestra desesperanza”³⁴, tal vez un alfajor de dulce de leche pueda pensarse como el aperitivo necesario para la visión del “lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos”, el aleph.

³³ Javier Navascués encuentra en este alfajor, así como en el coñac que el Borges ficticio aporta años más tarde, una burla del nacionalismo argentino (DE NAVASCUÉS, J., “Menú y nacionalismo: un repaso a la gastronomía literaria argentina (Marechal, Aira, Borges)”, en VALCÁRCEL, E., *La literatura hispanoamericana y los cinco sentidos*, Coruña, Universidades, 2005, pp. 189-196).

³⁴ DEL CARRIL, S., *Museo: textos inéditos*, Emecé, Buenos Aires, 2002, p. 27.